

La caída de Evo Morales y la revancha ultramontana

CARLOS GRANÉS



NI LOS ASTROS, NI LA TAZA DE CHOCOLATE, ni las cartas, ahora hay que aprender a leer el fuego. Arden distintas ciudades del mundo por motivos muy diversos, que sólo tienen en común el descontento de la población y una puesta en escena pública y masiva, que bien puede acabar en la destrucción de bienes públicos, en muertos o en la caída del presidente de turno. Esto último fue lo que ocurrió en Bolivia, hace sólo un par de semanas. Entre manifestaciones populares, un motín policial, la exaltación de unos opositores ultramontanos y la presión del Ejército, Evo Morales se vio forzado a presentar su renuncia. La pregunta no se hizo esperar. ¿Se trataba de un golpe de Estado?

Lo que fácil se pregunta rara vez tiene una respuesta sencilla. No hay duda de que el Ejército tuvo un papel protagónico en la salida de Morales. De haber conservado su apoyo, el líder populista seguiría instalado

en su megalómana Casa Grande del Pueblo. Sin embargo, debe recordarse que la injerencia militar se dio tras un fraude electoral. No se trató de un simple intento de reemplazar una casta por otra al frente del gobierno. Morales había quebrado el orden constitucional de forma tan flagrante y chambona que ni la izquierda más radical se animó a desmentir las denuncias de la OEA. Esta irregularidad, además, venía precedida de un esfuerzo sistemático por perpetuarse en el poder. Había empezado con triquiñuelas, como cambiarle el nombre al país; había seguido con un referéndum recalentado en el horno populista y con el absurdo reclamo de una nueva participación en las elecciones amparándose en los derechos humanos; y había terminado con el chanchullo electoral.

De manera que la acción del Ejército se dio en un contexto totalmente viciado, en el que el orden constitucional ya había sido vulnerado, y no en medio del normal ejercicio del gobierno o de las rutinas parlamentarias. La pregunta entonces se puede reformular: ¿debía el Ejército apoyar a un presidente que se perpetuaba mediante el fraude, o debía defender la institución presidencial y las leyes? Esa, que cada cual se la responda. Lo que sí debería

suscitar consenso entre la izquierda y la derecha es el reconocimiento y la denuncia del error de Morales. El ahora expresidente se equivocó al degradar la democracia boliviana con el repertorio de trucos populistas que buscaban burlar ese deber sacrosanto que no puede eludir un verdadero líder democrático: largarse, irse, decir adiós y darle la bienvenida a quien las urnas designen como sucesor.

Morales no lo hizo. Se quedó. Mucho, lo suficiente para trocar su presidencia —que tuvo muchos aciertos— por un caudillaje nocivo para la misma sociedad que decía servir. La izquierda que niega esto o que no lo tiene en cuenta en su análisis debe recordar una cosa. La degradación global de la democracia está sirviendo mucho más a los intereses de la ultraderecha populista que a los de sus filas. Nadie sabe para quién trabaja, y quien no critique ahora todos los errores que cometió Morales tendrá que quedarse callado cuando se cumplan los vaticinios más sombríos y una derecha populista, de Biblia y crucifijo, emprenda una cruzada salvadora para reconquistar el poder e incrustarse en las instituciones con las mismas trampas diseñadas por el populismo de retórica izquierdista.

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A. Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Commutador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional
018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita nacional 018000510903 Publicidad:
Caracol Unidad de Medios: 4232300
ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Secuestrados por la realidad

Hoy somos la generación del conocimiento, según el escritor Austriaco Peter Drucker. La tecnología disruptiva se mueve a pasos agigantados; sin embargo, hay que equilibrar las herramientas que nos brinda este siglo y permitir que estas mejoren la calidad de vida, no que la secuestre.

El apetito por la distracción en las redes sociales nos está controlando a través del placer que parece no saciarse, estamos cautivos, atrapados y al parecer contentos.

La identidad es cambiante, nunca terminamos de definirnos, tenemos millones y millones de amigos en las redes sociales (nuestro mundo ahora), pero la verdad es que estas relaciones carecen de solidez, pues son efímeras, superficiales. Estamos en el auge del hedonismo, en la entronización del placer, en el excesivo consumismo, donde todo vale y donde nada es bueno ni malo, y terminamos sumergidos en solipsismos.

La libertad que tenemos está siendo utilizada para distraernos y condenarnos nosotros mismos al ostracismo. Lo discutible acá no es la tecnología, sino el tiempo excesivo que se permanece en las redes sociales, el nuevo hábitat del ser humano, y como resultado quien más provecho le saca a esta "esclavitud del siglo XXI" es el comercio, por ese culto irracional y excesivo a las redes sociales que ha acabado por institucionalizarse como si se tratara de una religión, que hoy cuenta con millones de fieles penetrando todo espacio donde esté el hombre.

En conclusión, no se pretende con el presente escrito elevar un pasquín o de tratar de imponer conductas utilitaristas, tampoco calificar los gustos o pasatiempos de la sociedad como falsos o malos, no lo considero así; me gusta la sociedad que me tocó vivir, pero me gustaría cambiar varias cosas, ya que si bien es cierto que la elección de los gustos personales y la administración del tiempo no interesa a nadie más que al propio individuo, y es bueno que el ser humano esté en la búsqueda de esos espacios donde pueda expresar su individualidad, también es cierto que estamos llenos de facultades humanas, las mismas que deben ser cultivadas, desarrolladas y no desperdiciadas o destruidas. Sería un error maximizar el efecto negativo de las tecnologías de la información, en particular el de las redes sociales, ya que ellas mejoraron nuestra forma de informarnos, de relacionarnos, y en esto han pecado un poco los neoluditas, que si bien es cierto los computadores terminaron por dominar al hombre no para satanizar la tecnología, pero lo que sí debemos temer es que se abuse innecesariamente de su uso, que puede afectar nuestras vidas, como el tiempo con nuestras familias que no recuperaremos.

José Manuel Bedoya Marín.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com

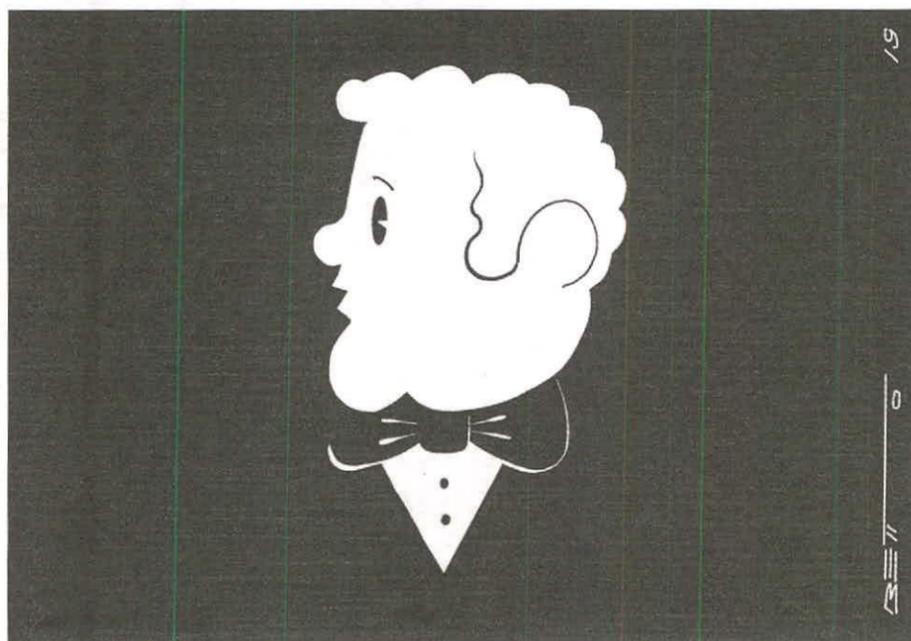
DE LABIOS PARA AFUERA



“Carlos (Holmes Trujillo) no hizo nada. No tenía una estrategia”.

Francisco Santos, embajador de Colombia en Washington, en una reunión con la nueva canciller, Claudia Blum. En un audio dado a conocer por "Publimetro", Blum dice que el exministro "estaba haciendo política". Sobre el exministro de Defensa Guillermo Botero, Santos dijo que "no trabajaba".

Betto



Estatuto de seguridad

La dieta universitaria

SEBASTIÁN F. VILLAMIZAR SANTAMARÍA

NO ES UN SECRETO QUE LAS UNIVERSIDADES públicas en el país sufren una desnutrición crónica. Lo que sí era un secreto era la dieta de las privadas, que parece más bien un festín a puerta cerrada. Un reciente informe del Observatorio de la Universidad Colombiana, conformado por un grupo de expertos en educación superior, compara el patrimonio de las instituciones de educación superior (IES) para 2018 y sus resultados son muy dicentes de quién se lleva la mejor parte.

El patrimonio de una IES se calcula por lo que le entra (los activos) y lo que debe (los pasivos). La mayoría de los activos son matrículas, pero también hay donaciones o dinero del Gobierno. Los pasivos son los salarios, los impuestos por pagar y los costos de mantenimiento de edificios en estados deplorables o de construcción de nuevas estructuras con "salones inteligentes".

Según el informe, que utiliza reportes de la DIAN, las 144 privadas tuvieron un patrimonio casi tres veces mayor que las 29 públicas: \$37 billones y \$13 billones respectivamente. Pero en cada tipo de IES hay aproximadamente la misma cantidad de estudiantes (aproximadamente 1'200.000); es decir, en las públicas tiene que repartirse menos plata entre la misma gente.

La situación es mucho más dramática al verla de cerca. La Nacional es la IES pública con el mayor patrimonio, de \$3,6 billones. El Externado es la privada más alta, con \$3,2 billones. Aunque la diferencia no es mucha, el problema es que la Nacional debe repartir esa plata entre un poco más de 54.000 estudiantes; el Externado, entre unos 13.000. En otras palabras, un externadista tiene más de cuatro veces los recursos que alguien en la UN.

Y no es sólo que el menú sea distinto, sino que los platos, sillas y hasta los comensales son diferentes. Es decir, este problema no es solo de plata. Si pensamos también en otro tipo de recursos, la desigualdad es aún

peor. Por ejemplo, si uno ve clase con hijas e hijas de ministros, presidentes de países o empresas, que van a las privadas, uno tiene más recursos inmateriales. Las redes de contactos o apoyo en estos espacios son mucho más amplias.

Por eso es tan importante pensar en balancear las cargas. Ser Pilo Paga lo hizo "hacia arriba", es decir, llevó a personas sobresalientes sobre todo a las privadas. Pero si pensamos al revés, el efecto sería mayor: si las públicas tuvieran más recursos, no solo mejorarían la calidad de la educación sino también aumentarían el número y origen de matriculados.

Estoy seguro de que estas diferencias se mantienen si uno mira colegios y jardines. También serían parecidas si uno ve a Bogotá y "las regiones", como le encanta a la capital decirle al resto del país. Ahí es cuando uno entiende por qué marchan los estudiantes. Si estamos en un país que garantiza la igualdad, entonces se debe empezar por hacer la mesa de la educación más equitativa.

@sebvillasanta